



Mons. Rafael Escudero López Brea

CARTA PASTORAL

*A los sacerdotes,
a los religiosos y religiosas
y a todos los fieles laicos
de la Prelatura de Moyobamba*

02 – Febrero – 2008

**DISCÍPULOS Y MISIONEROS
DE JESUCRISTO,
CON MARÍA,
PARA QUE NUESTRA PRELATURA
EN ÉL TENGA VIDA.**

ÍNDICE

INTRODUCCION

DISCIPULOS DE JESUCRISTO

La santidad

La primacía de la gracia

La oración

La Eucaristía dominical

El sacramento de la Reconciliación

La escucha de la Palabra

La formación

La espiritualidad de comunión en la fe y en la caridad

MISIONEROS DE JESUCRISTO

Misión: Anuncio de la Palabra

Caminamos a la luz del Concilio y del Magisterio de los últimos Papas

La iniciación cristiana

La catequesis permanente

La educación católica

*La promoción de las vocaciones al sacerdocio
y a la vida de especial consagración*

La pastoral juvenil

La pastoral de la familia

La atención a los ancianos y enfermos

*Los discípulos de Jesucristo, testigos y misioneros del Amor de Dios:
apostar por la caridad*

Cáritas

CONCLUSIÓN

INTRODUCCION

¡Remar mar adentro! Esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado de nuestra Prelatura (el 7 de marzo de 2008 cumple 60 años), a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: *«Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre»* (Hb 13,8).

Por eso, siento el deber de dirigirme a todos ustedes, queridos hermanos y hermanas, en este tiempo en que el Santo Padre nos invita desde Aparecida a una Gran Misión Continental, a poner la Iglesia que vive y peregrina en América en estado de misión continua y permanente (Cfr. Aparecida, 550-551). Es preciso ahora aprovechar el tesoro de gracia recibido en los tiempos anteriores, a través de la Congregación Pasionista, especialmente, y de otros hermanos y hermanas de otras congregaciones religiosas que se han gastado y se gastan en un servicio de amor al Señor y al ser humano, traduciéndolo en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas. Es una tarea a la cual deseo invitar a toda la Prelatura de Moyobamba. En ella, Iglesia local, congregada en torno al propio Obispo, en la escucha de la Palabra, en la comunión fraterna y en la *“fracción del pan”* (Hch 2,42), está *“verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica”* (Concilio Vaticano II, Decr. *Christus Dominus*, 11).

Es, pues, el momento de que nuestra Iglesia, reflexionando sobre lo que el Espíritu ha dicho al Pueblo de Dios en el período de tiempo que va desde el Concilio Vaticano II al Papa Benedicto XVI, analice su fervor y recupere un nuevo impulso para su compromiso espiritual y pastoral. Con este objetivo, deseo ofrecer en esta Carta la contribución de mi ministerio episcopal.

Ahora tenemos que mirar hacia adelante, debemos *«remar mar adentro»*, confiando en la palabra de Cristo. Las experiencias vividas en el pasado, tanto las positivas como las negativas, deben suscitar en nosotros un dinamismo nuevo, empujándonos a emplear el entusiasmo experimentado en iniciativas concretas. Jesús mismo nos lo advierte: *«Quien pone su mano en el arado y vuelve su vista atrás, no sirve para el Reino de Dios»* (Lc 9,62). En la causa del Reino no hay tiempo para mirar atrás, y menos para dejarse llevar por la pereza. Es mucho lo que nos espera y por eso tenemos que emprender una eficaz programación pastoral.

Sin embargo, es importante que lo que nos propongamos, con la ayuda de Dios, esté fundado en la contemplación y en la oración. El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del *«hacer por hacer»*. Tenemos que resistir a esta tentación, buscando *«ser»* antes que *«hacer»*.



DISCIPULOS DE JESUCRISTO

«He aquí que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Esta certeza, queridos hermanos y hermanas, ha acompañado a la Iglesia y nos acompaña a cada uno de nosotros cada día. De ella debemos sacar un renovado impulso en la vida cristiana, haciendo que sea, además, la fuerza inspiradora de nuestro camino. Conscientes de esta presencia del Resucitado entre nosotros, nos planteamos hoy: *«¿Qué hemos de hacer, hermanos?»* (Hch 2,37).

Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No hay una fórmula mágica para los grandes desafíos pastorales de la Prelatura. No será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con ustedes!*

No se trata de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar,

para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas. Este programa de siempre es el nuestro (Cfr. *Novo millennio ineunte*, 29).

Sin embargo, es necesario que el programa formule orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de nuestra Prelatura. Es necesario que el único programa del Evangelio siga introduciéndose en el corazón de cada uno de nosotros, en cada una de nuestras familias, en la historia de cada comunidad eclesial, para que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades parroquiales e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en nuestra sociedad y en nuestra cultura.

Por tanto, como Pastor de esta Iglesia particular, ayudado por la participación de los sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos, quiero señalar las etapas del camino futuro, sintonizando las opciones de nuestra Prelatura con las de las Iglesias que viven y caminan en el Perú y con las de la Iglesia universal. Nos espera una apasionante tarea pastoral. Una obra que implica a todos. Sin embargo, deseo señalar, como punto de referencia y orientación común, algunas prioridades pastorales.

Contemplemos a María quien, por su fe y obediencia a la voluntad de Dios, por su constante meditación de la Palabra y acciones de Jesús, es la perfecta discípula del Señor.



La santidad

En primer lugar, la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad. Hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral.

Conviene además descubrir en todo su valor el don de la «*vocación universal a la santidad*». Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: «*Ésta es la voluntad de Dios: la santificación de ustedes*» (1 Ts 4,3). Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: «*Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor*» (Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, 40).

Poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad expresa la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, «¿quieres recibir el Bautismo?», significa al mismo tiempo preguntarle, «¿quieres ser santo?».

Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno. Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este «alto grado» de la vida cristiana ordinaria. La vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esta dirección. Pero también es evidente que los caminos de la santidad son personales y exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagogía debe enriquecer la propuesta dirigida a todos con las formas de ayuda personal y de grupo, ofrecidas en las parroquias, en las asociaciones y congregaciones religiosas y en los movimientos reconocidos por la Iglesia (Cfr. *Novo millennio ineunte*, 30-31).



La primacía de la gracia

En la programación pastoral hemos de trabajar con mayor confianza respetando un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia. Hay una tentación que malogra siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, «*no podemos hacer nada*» (*Jn 15,5*).

Cuando no se respeta este principio no nos debe sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración. Hagamos la experiencia de los discípulos en el episodio evangélico de la pesca milagrosa: «*Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada*» (*Lc 5,5*). Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: ¡*Remen mar adentro!* En aquella ocasión, fue Pedro quien habló con fe: «*en tu palabra, echaré las redes*» (*Novo millennio ineunte*, 38). Permítanme que también invite a toda la Prelatura a este acto de fe, que se expresa en un renovado compromiso de oración y de vida interior.



La oración

Para la pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración. Pero sabemos bien que rezar tampoco es algo que pueda darse por supuesto. Es preciso aprender a orar de los labios mismos del divino Maestro, como los primeros discípulos: «*Señor, enséñanos a orar*» (*Lc 11,1*). En la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo que nos convierte en sus íntimos: «*Permanezcan en mí, como yo en ustedes*» (*Jn 15,4*). Esta reciprocidad es el fundamento mismo, el alma de la vida cristiana y una condición para toda vida pastoral auténtica. Realizada en nosotros por el Espíritu Santo, nos abre, por Cristo y en Cristo, a la contemplación del rostro del Padre. Aprender esta lógica trinitaria de la oración cristiana, viviéndola plenamente ante todo en la Liturgia, cumbre y fuente de la vida eclesial, pero también de la experiencia personal, es el secreto de un cristianismo realmente vital, que no tiene motivos para temer el futuro, porque vuelve continuamente a las fuentes y se regenera en ellas (Cfr. *Novo millennio ineunte*, 32).

Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser escuelas de oración, donde el encuentro con Cristo se exprese en petición de ayuda, en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto. Una oración intensa no aparta del compromiso en la realidad en la que vivimos: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios (Cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta Orationis formas*, 15).

Se equivoca quien piense que los cristianos se pueden conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no sólo serían cristianos mediocres, sino cristianos con riesgo de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas en las numerosas sectas que nos rodean y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición. Hace falta que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral. Cuánto ayudaría que, no

sólo en las comunidades religiosas, sino también en las parroquiales, nos esforzáramos más para que todo el ambiente espiritual estuviera marcado por la oración. Conviene mucho valorar y purificar las formas de religiosidad popular y, sobre todo, educar en las litúrgicas. Es posible que en una comunidad cristiana se conjuguen los múltiples compromisos pastorales y de testimonio en el mundo con la celebración y la adoración eucarística, con el rezo del Santo Rosario de la Virgen María, y con el oficio de Laudes y Vísperas.



La Eucaristía dominical

El mayor empeño se ha de poner, pues, en la Liturgia, «*cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza*» (Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, 10). Es preciso insistir en este sentido, dando un realce particular a la *Eucaristía dominical* y al *domingo* mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana (Cfr. Carta apostólica *Dies Domini*, 19). “*De aquí la necesidad de dar prioridad, en los programas pastorales, a la valorización de la Misa dominical. Hemos de motivar a los cristianos para que participen en ella activamente*” (Benedicto XVI. Discurso Inaugural de Aparecida, 4). Desde hace dos mil años, el tiempo cristiano está marcado por la memoria de aquel «*primer día después del sábado*» (*Mc* 16,2.9; *Lc* 24,1; *Jn* 20,1), en el que Cristo resucitado llevó a los Apóstoles el don de la paz y del Espíritu (*Jn* 20,19-23). La verdad de la resurrección de Cristo es el cimiento sobre el que se apoya la fe cristiana (*I Co* 15,14). Precisamente celebrando su Pascua, no sólo una vez al año sino cada domingo, la Iglesia seguirá indicando a cada generación «*lo que constituye el eje central de la historia, con el cual se relacionan el misterio del principio y del destino final del mundo*» (Carta apostólica *Dies Domini*, 2).

Por tanto, quisiera insistir, en la línea de la Carta «*Dies Domini*», para que la *participación en la Eucaristía* sea, para cada bautizado, el *centro del domingo*. Es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente. El deber de la participación eucarística cada domingo es para los católicos un reto para testimoniar con fuerza su identidad. La Eucaristía dominical, congregando semanalmente a los cristianos como familia de Dios entorno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión. Es el lugar privilegiado donde la comunión entre los católicos es testimoniada y celebrada constantemente. A través de la participación eucarística, el día del Señor se convierte también en el día de la Iglesia.

Que Santa María, mujer eucarística con toda su vida, nos guíe hacia el Santísimo Sacramento y nos enseñe a celebrarlo y a adorarlo con las mismas actitudes interiores de su Corazón Inmaculado.



El sacramento de la Reconciliación

Deseo pedir, además, una renovada valentía pastoral para que nosotros, queridos sacerdotes, sepamos proponer de manera convincente y eficaz la práctica del Sacramento de la Reconciliación. Les invito a esforzarse por todos los medios para afrontar la crisis de la falta de sentido del pecado que se da entre nuestros fieles, pero más aún, les invito a hacer descubrir a Cristo como misterio de bondad y piedad, en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo. Éste es el rostro de Cristo que conviene hacer descubrir también a través del sacramento de la penitencia que, para un cristiano, «*es el camino ordinario para obtener el perdón y la remisión de sus pecados graves cometidos después del Bautismo*». Es necesario que los Pastores tengamos

mayor confianza, creatividad y perseverancia en presentarlo y valorarlo. ¡No debemos rendirnos, queridos hermanos sacerdotes, ante la tentación de perder el tiempo en el confesionario!



La escucha de la Palabra

La primacía de la santidad y de la oración sólo se puede concebir a partir de una renovada escucha de la palabra de Dios. Desde que el Concilio Vaticano II ha subrayado el papel preeminente de la palabra de Dios en la vida de la Iglesia, ciertamente se ha avanzado mucho en la asidua escucha, en la lectura atenta y en el estudio de la Sagrada Escritura. Ella ha recibido el honor que le corresponde en la oración pública de la Iglesia. Tanto las personas individualmente como las comunidades recurren ya en gran número a la Escritura, y entre los laicos son muchos quienes se dedican a ella con la valiosa ayuda de estudios bíblicos. Precisamente con esta atención a la palabra de Dios se está revitalizando principalmente la tarea de la evangelización y la catequesis. Hace falta, queridos hermanos y hermanas, consolidar y profundizar esta orientación, incluso a través de la difusión de la Biblia en las familias, en las comunidades rurales y, sobre todo, entre los más pobres. Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital con Dios, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia (Cfr. Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 39)



La formación

La vocación y el compromiso de ser hoy discípulos y misioneros de Jesucristo requieren una clara y decidida opción por la formación de los miembros de nuestras comunidades, en bien de todos los bautizados, cualquiera que sea la función que desarrollen en la Iglesia.

En el proceso de formación destacamos cinco aspectos fundamentales:

- 1) El encuentro con Jesucristo que da origen a la iniciación cristiana.
- 2) La Conversión, que es la respuesta inicial de quien ha escuchado al Señor con admiración, cree en El y decide seguirlo, cambiando su manera de vivir, de pensar y actuar.
- 3) El Discipulado, donde el creyente va creciendo en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesucristo, profundiza en el misterio de su persona, de su ejemplo y de su doctrina.
- 4) La Comunión en la vida de la Iglesia, en las familias, las parroquias, las comunidades de vida consagrada, los movimientos eclesiales...
- 5) La Misión: el discípulo, a medida que conoce y ama al Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado al mundo y anunciar a Jesucristo (Cfr. *Aparecida*, 276-278).

Hablamos de una formación integral, kerigmática y permanente. Una formación atenta a las diversas dimensiones que deben ser integradas armónicamente a lo largo del proceso formativo: la dimensión humana comunitaria, espiritual, intelectual y pastoral-misionera. Una formación respetuosa de los procesos personales y de los ritmos comunitarios, continuos y graduales. Una formación que contempla el acompañamiento de los discípulos de acuerdo con la peculiar vocación y ministerio al que ha sido llamado. Una formación en la espiritualidad de la acción misionera, que se basa en la docilidad al impulso del Espíritu que mueve y transfigura todas las dimensiones de la existencia. (Cfr. *Aparecida*, 279-285)



La espiritualidad de comunión en la fe y en la caridad

«En esto conocerán todos que son discípulos míos: si se tienen amor los unos a los otros» (Jn 13,35). Si verdaderamente queremos ser discípulos de Cristo, queridos hermanos y hermanas, nuestra programación pastoral se inspirará en el «mandamiento nuevo» que El nos dio: «Que, como yo les he amado, así se amen también ustedes los unos a los otros» (Jn 13,34).

Otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño pastoral es el de *la comunión*, que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da, para hacer de todos nosotros «*un solo corazón y una sola alma*» (Hch 4,32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como «sacramento», o sea, «*signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano*» (Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, 1).

Las palabras del Señor a este respecto son demasiado precisas como para minimizar su alcance. Muchas cosas serán necesarias; pero si faltara la caridad todo sería inútil. Nos lo recuerda el apóstol Pablo en el himno a la caridad: “*aunque habláramos las lenguas de los hombres y los ángeles, y tuviéramos una fe que mueve las montañas, si faltamos a la caridad, todo sería nada*” (1 Co 13, 2). La caridad es verdaderamente el «corazón» de la Iglesia, como bien intuyó santa Teresa de Lisieux: «*Comprendí que la Iglesia tenía un Corazón y que este Corazón ardía de amor. Entendí que sólo el amor movía a los miembros de la Iglesia [...]. Entendí que el amor comprendía todas las vocaciones, que el Amor era todo*» (Obras Completas, p. 223).

Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas de nuestros hermanos.

¿Qué significa todo esto en concreto? Hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios. Espiritualidad de la comunión es saber dar espacio al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (Cfr. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.

Sobre esta base hemos de comprometernos más que nunca a valorar como instrumento de unidad y comunión *el ministerio del Santo Padre* y, en estrecha relación con él, *la colegialidad episcopal*. Se trata de realidades que tienen su fundamento y su consistencia en el designio mismo de Cristo sobre la Iglesia (Cfr. Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, c. III).

Los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de nuestra Iglesia. En ella, la comunión ha de ser patente en las relaciones entre el Obispo, presbíteros y diáconos, entre Pastores y todo el Pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales. Para ello se deben valorar cada vez más los organismos de participación previstos por el Derecho canónico, como los *Consejos presbiterales y pastorales*. Éstos, como es sabido, no se inspiran en los criterios de la democracia, puesto que actúan de manera consultiva y no deliberativa (Cfr. Instrucción interdicasterial *Ecclesiae de mysterio*, 852-877), sin embargo, no pierden por ello su significado e importancia. En efecto, la teología y la espiritualidad de la comunión aconsejan una escucha recíproca y eficaz entre Pastores y fieles.

En esta misma línea, tiene gran importancia para la comunión el deber de promover las diversas realidades de asociación, que tanto en sus modalidades más tradicionales como en las más nuevas de los movimientos eclesiales, siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios constituyendo una auténtica primavera del Espíritu. Conviene ciertamente que las asociaciones y movimientos que existen en nuestra Prelatura actúen en plena sintonía eclesial y en obediencia a las directrices de los Pastores. Pero es también exigente y perentoria para todos, especialmente para los sacerdotes, la exhortación del Apóstol: «No extingan el Espíritu, no desprecien las profecías, examínenlo todo y quédense con lo bueno» (1 Ts 5,19-21).

Es necesario, pues, que impulsemos a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de la propia responsabilidad activa en la vida eclesial. Junto con el ministerio ordenado, pueden florecer otros ministerios, instituidos o simplemente reconocidos, para el bien de toda la comunidad, atendíendola en sus múltiples necesidades: la catequesis, la animación litúrgica, la educación de los jóvenes y los niños, la atención a los ancianos y a los enfermos, el servicio de la caridad... (Cfr. *Novo millennio ineunte*, 43-45).

Nos ponemos en manos de María, Madre de la Iglesia, que fortalece los vínculos fraternos entre todos, que alienta a la reconciliación y al perdón, y nos ayuda a vivir la Iglesia como familia de Dios.



MISIONEROS DE JESUCRISTO

Misión: Anuncio de la Palabra

Alimentarnos de la Palabra para ser “servidores de la Palabra” en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad para toda la Iglesia. Juan Pablo II y Benedicto XVI han repetido muchas veces en estos años la llamada a la *nueva evangelización*. Hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: «¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Co 9,16).

Esta pasión suscitará en nuestra Prelatura una nueva acción misionera que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como un compromiso cotidiano de las comunidades parroquiales y de los grupos cristianos.

La propuesta de Cristo se ha de hacer a todos con confianza. Se ha de dirigir a los adultos, a las familias, a los jóvenes, a los niños, a los pobres, a los enfermos, a los ancianos, sin esconder nunca las exigencias más radicales del mensaje evangélico, atendiendo a las exigencias de cada uno, por lo que se refiere a la sensibilidad y al lenguaje, según el ejemplo de Pablo cuando decía: «Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos» (1 Co 9,22).

Que nos ayude y oriente, en esta acción misionera confiada, emprendedora y creativa, el ejemplo esplendoroso de tantos testigos de la fe. La Iglesia ha encontrado siempre, en sus mártires, una semilla de vida, “la sangre de mártires es semilla de cristianos” (Tertuliano), mostrándonos nuestro tiempo particularmente rico en testigos que, de una manera u otra, han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo hasta dar su propia sangre como prueba suprema. En ellos la palabra de Dios, sembrada en terreno fértil, ha fructificado el céntuplo (Cfr. Mt 13,8.23). Con su ejemplo nos han señalado y casi allanado el camino del futuro. A nosotros nos toca, con la gracia de Dios, seguir sus huellas.

No todos nuestros hermanos ven la luz de Cristo. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su “reflejo”. Ésta es una tarea que nos hace temblar si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y llenos de sombras. Pero es una tarea posible si, expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a su gracia que nos hace hombres nuevos.

Nosotros como cristianos tenemos el deber de ofrecer el pleno testimonio de la esperanza que está en nosotros (1 Pt 3,15). No debemos temer que pueda constituir una ofensa a la identidad del otro lo que, en cambio, es anuncio gozoso de un don para todos, y que se propone a todos con el mayor respeto a la libertad de cada uno: el don de la revelación del Dios-Amor, que «tanto amó al mundo que le dio su Hijo unigénito» (Jn 3,16). Para nosotros es una gracia que nos llena de alegría, una noticia que debemos anunciar.

La Prelatura de Moyobamba, tierra de misión, no puede sustraerse a la actividad misionera y la tarea prioritaria de la misión sigue siendo anunciar a Cristo, «Camino, Verdad y Vida» (Jn 14,6), en el cual los hombres encuentran la salvación



Caminamos a la luz del Concilio y del Magisterio de los últimos Papas

¡Cuánta riqueza, queridos hermanos y hermanas, en las orientaciones que nos da el Concilio Vaticano II, en las enseñanzas de los últimos Papas y en los aportes de las distintas Conferencias Generales del episcopado latinoamericano! A medida que pasan los años, aquellos textos no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia.



La iniciación cristiana

En nuestra Prelatura nos encontramos con numerosos “católicos” que no han recibido el Bautismo, así como con una gran cantidad de creyentes que no participan en la Eucaristía dominical, ni reciben con regularidad los sacramentos, ni están integrados activamente en la comunidad eclesial, ni tienen ningún compromiso misionero, son católicos con una débil y vulnerable identidad cristiana.

Esta realidad supone para nosotros un gran desafío que cuestiona la manera como estamos formando en la fe y en la vivencia cristiana. Esto es consecuencia de la pobre o fragmentada iniciación cristiana que han recibido nuestros católicos. *“O educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora”*. (Aparecida, 287)

La iniciación cristiana es la manera práctica de poner en contacto, a través del kerigma, con Jesucristo. Es la iniciación en los misterios de la fe, en forma de catecumenado bautismal para los no bautizados, sean niños o adultos; en forma postbautismal para los niños y adultos bautizados no suficientemente evangelizados y catequizados. Este catecumenado está íntimamente unido a los sacramentos de la iniciación: Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

Tenemos la urgencia de desarrollar en nuestras parroquias un proceso de iniciación cristiana serio y suficientemente prolongado, que comience por el kerigma y conduzca a un encuentro personal con Jesucristo, que lleve a la persona a la conversión, al seguimiento de Jesús en la Iglesia y a una maduración de la fe en la práctica de los sacramentos, el servicio y la misión para la transformación del mundo. Así se forja la identidad cristiana.

Este proceso supone en todos nosotros, obispo, presbíteros, personas consagradas, animadores, profesores de religión y catequistas unas actitudes pastorales nuevas, pues hemos de estar dispuestos a asumir con confianza una renovación en el modo de dar la catequesis en las parroquias. Aparecida dice a este respecto: *“Proponemos que el proceso catequístico formativo adoptado por la Iglesia para la iniciación cristiana sea asumido en todo el continente como la manera ordinaria e indispensable de introducir en la vida cristiana, y como la catequesis básica y fundamental”* (Aparecida, 294).

Necesitamos ser, todos, testigos creíbles del Señor; es urgente en nuestra Prelatura contar con un número suficiente de catequistas y animadores bien formados en la doctrina y con coherencia de vida cristiana católica.

La parroquia ha de ser el lugar natural donde se asegure la iniciación cristiana. *“Y en esta tarea, el estudio y la asimilación del Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos es una referencia necesaria y un apoyo seguro”* (Aparecida, 293).



La catequesis permanente

Después de la iniciación cristiana es necesario que el católico, sea niño, joven o adulto, vaya fortaleciendo su identidad cristiana con una catequesis permanente que promueva su adhesión a Jesucristo y a la Iglesia.

La catequesis no deber ser sólo ocasional, reducida a los momentos previos a los sacramentos, sino más bien un itinerario catequético permanente. Como Prelatura nos compete establecer un proceso catequético orgánico y progresivo que se extienda por todo el arco de la vida, desde la infancia hasta la ancianidad, teniendo en cuenta que el Directorio General de Catequesis considera la catequesis de adultos como la forma fundamental de la educación de la fe.

La catequesis no debe limitarse a una formación puramente doctrinal, ha de ser una verdadera escuela de formación de toda la vida cristiana; ha de cultivar la oración, la participación activa en la celebración litúrgica, la vivencia de la comunidad cristiana y el compromiso misionero con la Iglesia y en el mundo.



La educación católica

América Latina, nuestro Perú y nuestra Región San Martín, viven una particular y delicada emergencia educativa. Ante esta situación es necesario insistir en el auténtico fin de toda escuela. Ella está llamada a transformarse en lugar privilegiado de formación y promoción integral, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura.

Es una responsabilidad de la escuela poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura. Pero, no se da libertad ética sin transmitir los valores absolutos de los cuales depende el sentido y el valor de la vida del hombre. La educación humaniza y personaliza al ser humano cuando logra que éste desarrolle plenamente su pensamiento y su libertad, su capacidad de comprensión y su compromiso con la realidad social en la que vive. De esta manera, el ser humano humaniza su mundo, produce cultura, transforma la sociedad y construye la historia.

La misión primaria de la Iglesia es anunciar el Evangelio de manera tal que garantice la relación entre fe y vida tanto en la persona individual como en la sociedad en que las personas viven, actúan y se relacionan entre sí.

Cuando hablamos de una educación cristiana entendemos que el maestro educa hacia un proyecto de ser humano en el que Jesucristo es el centro. Hay muchos valores, pero estos valores deben tener como fundamento y término a Cristo, entonces esta educación es una verdadera educación cristiana; si no, puede hablar de Cristo, pero corre el riesgo de no ser cristiana. Por eso, no puede pensarse en una promoción verdadera y plena del ser humano sin abrirlo a Dios y anunciarle a Jesucristo.

La Iglesia deberá impulsar una educación de calidad para todos, especialmente para los más pobres. Educación que ofrezca a los niños, a los jóvenes y a los adultos el encuentro con los valores culturales del propio país, descubriendo o integrando en ellos la dimensión religiosa y trascendente.

El proyecto educativo de la escuela católica hace de las bienaventuranzas la norma de su vida y de los principios evangélicos normas educativas, motivaciones interiores y metas finales. Éste es el carácter específicamente católico de la educación. Jesucristo, pues, eleva y ennoblece a la persona humana, da valor a su existencia y constituye el perfecto ejemplo de vida. Es la mejor noticia, propuesta a los jóvenes por los centros de formación católica.

Por lo tanto, la meta que la escuela católica se propone, respecto de los niños y jóvenes, es la de conducir al encuentro con Jesucristo Vivo. Tal referencia le ayudará a ver la historia como Cristo la ve, a juzgar la vida como Él lo hace, a elegir y amar como Él, a cultivar la esperanza como Él nos enseña, y a vivir en Él la comunión con el Padre y el Espíritu Santo. Por esta referencia a Cristo la persona asume sus responsabilidades y busca el significado último de su vida.

Situada en la Iglesia, comunidad de creyentes, la Escuela católica, logra con libertad vivir intensamente la fe, anunciarla y celebrarla con alegría en la realidad de cada día. Como consecuencia de esto en los niños y jóvenes maduran y resultan connaturales las actitudes humanas que llevan a abrirse sinceramente a la verdad, a respetar y amar a las personas, a expresar su propia libertad en la entrega de sí y en el servicio a los demás para la transformación de la sociedad.

La Escuela católica está llamada a una profunda renovación. Debemos rescatar la identidad católica de nuestros centros educativos por medio de un impulso misionero valiente y audaz. El proyecto educativo debe promover la formación integral de la persona teniendo su fundamento en Cristo, con identidad eclesial y cultural, y con excelencia académica. Además, ha de generar solidaridad y caridad con los más pobres. El acompañamiento de los procesos educativos, la participación en

ellos de los padres de familia, y la formación de docentes, son tareas prioritarias de la pastoral educativa.

Se propone que la educación en la fe en las instituciones católicas sea integral y transversal en todo el currículum, teniendo en cuenta el proceso de formación para encontrar a Cristo y para vivir como discípulos y misioneros suyos. Asimismo, se recomienda que la comunidad educativa, (directivos, maestros, personal administrativo, alumnos, padres de familia, etc.) asuma su rol de formadora de discípulos y misioneros en todos sus estamentos. Que promueva un servicio pastoral especialmente con los jóvenes, la familia, la catequesis y promoción humana de los más pobres. Estos objetivos son esenciales en los procesos de admisión de alumnos, sus familias y la contratación de los docentes.

Un principio irrenunciable para la Iglesia es la libertad de enseñanza: los padres tienen derecho a elegir la educación de sus hijos que considere más conforme a los valores que más estiman y que consideran indispensables. La sociedad ha de reconocer a los padres como los primeros y principales educadores (Cfr. *Aparecida*, 328-340)

Animo a los padres y madres de los alumnos, a los directivos, maestros, personal administrativo y a los propios alumnos a poner en práctica y a hacer vida estos sabios principios de nuestros obispos.



La promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración

“Ante la escasez de personas que respondan a la vocación al sacerdocio y a la vida consagrada es urgente dar un cuidado especial a la promoción vocacional, cultivando los ambientes en los que nacen las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, con la certeza de que Jesús sigue llamando discípulos y misioneros para estar con El y para enviarlos a predicar el Reino de Dios” (*Aparecida*, 315).

Es necesario y urgente organizar una *pastoral de las vocaciones* amplia y capilar, que llegue a las parroquias, a los centros educativos y familias, suscitando una reflexión atenta sobre los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la total entrega de sí y de las propias fuerzas para la causa del Reino.

Como objetivo permanente de la pastoral vocacional será el fomentar y mantener viva en las parroquias y comunidades la conciencia de la urgencia y el valor de las vocaciones sacerdotales y religiosas, y la necesidad de colaborar, según las propias posibilidades, en el sostenimiento espiritual y material del Seminario.

Se ha de hacer ciertamente un generoso esfuerzo, sobre todo con la oración insistente al Dueño de la mies (*Mt* 9,38). Exhorto a todos los sacerdotes a orar por las vocaciones con la comunidad parroquial celebrando la Hora Santa ante el Santísimo solemnemente expuesto. Éste es un problema muy importante para la vida de la Iglesia en todas las partes del mundo y de un modo muy especial en nuestra Prelatura.

Encomendamos esta intención a la Santísima Virgen de Nazaret, mujer fuerte y libre, conscientemente orientada al seguimiento de Cristo, mujer del Sí y de la Entrega total al Señor.



La pastoral juvenil

Como los griegos al apóstol Felipe, muchos jóvenes, consciente o inconscientemente, nos gritan: “*Queremos ver a Jesús*” (Jn 12, 21). Para responder a este clamor explícito, en unos casos, y sordo, en otros, los obispos reunidos en Aparecida invitan a los jóvenes a ser primero discípulos y luego misioneros de Jesucristo. Porque no se puede dar a Jesús si antes no se le ha visto.

Los jóvenes y adolescentes constituyen la gran mayoría de la población de América, del Perú y de la Región San Martín. Ellos son el futuro de la Iglesia y de nuestro pueblo. Son un gran potencial como discípulos y misioneros. En nuestra Prelatura necesitamos impulsar la pastoral de los adolescentes y jóvenes, con sus propias características, que garantice su perseverancia y el crecimiento en la fe. Una pastoral que asegure una formación integral que abarque las dimensiones humana, espiritual, doctrinal y la proyección apostólica y misionera.

Hemos de proponer a los jóvenes el encuentro con Jesucristo vivo y su seguimiento en la Iglesia, introduciéndoles gradualmente en la oración personal y la “lectio divina”, en la frecuencia de los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, la dirección espiritual y el apostolado. Hemos de privilegiar procesos de educación y maduración en la fe, como respuesta de sentido y orientación de la vida, una formación atractiva para los jóvenes que los introduzca en el conocimiento del misterio de Cristo. Hemos de proponerles una opción vocacional específica: sacerdocio, vida consagrada, matrimonio. Así mismo, hemos de ayudarles a formarse para la acción social, cultural y política y el cambio de estructuras, conforme a la Doctrina Social de la Iglesia, haciendo propia la opción preferencial y evangélica por los pobres y necesitados.

Para sentirnos corresponsables, para ahorrar fuerzas y energías en el trabajo pastoral con los jóvenes, les propongo a los sacerdotes y a los demás agentes pastorales de la Prelatura un proyecto de pastoral juvenil que consiste en aceptar la propuesta que nos hacen las Obras Misionales Pontificias a través del método de la Infancia Misionera (para niños y adolescentes) y su prolongación en la Juventud Misionera (para jóvenes). Con esto garantizaríamos la unidad y la continuidad en la pastoral con nuestros jóvenes y evitaríamos la creación y dispersión de tantos grupos juveniles en las parroquias.



La pastoral de la familia

Una atención especial se ha de prestar también a esta pastoral, especialmente necesaria en un momento histórico como el presente, en el que se está constatando una crisis generalizada y radical de esta institución fundamental. En la visión cristiana del matrimonio, la relación entre un hombre y una mujer, relación recíproca y total, única e indisoluble, responde al proyecto primitivo de Dios, ofuscado en la historia por la «*dureza de corazón*», pero que Cristo ha venido a restaurar en su esplendor originario, revelando lo que Dios ha querido «*desde el principio*» (Mt 19,8). En el matrimonio, elevado a la dignidad de Sacramento, se expresa además el «*gran misterio*» del amor esponsal de Cristo a su Iglesia (Ef 5,32). En este punto la Iglesia no puede ceder a las presiones de una cierta cultura, costumbre o modo de vida, que se queda en la mera unión o convivencia entre el varón y la mujer. Conviene más bien procurar que, mediante una educación evangélica cada vez más completa, las familias cristianas ofrezcan un ejemplo convincente de la posibilidad de un matrimonio vivido de manera plenamente conforme al proyecto de Dios y a las verdaderas exigencias de la persona humana: tanto la de los cónyuges como, sobre todo, la de los más frágiles que son los hijos.

Las familias mismas deben ser cada vez más conscientes de la atención debida a los hijos y hacerse promotores de una eficaz presencia eclesial y social para tutelar sus derechos. La familia cristiana debe ser escuela de la fe para todos sus miembros, los padres cristianos ha de ser los primeros catequistas de sus hijos con el ejemplo de su vida.

Un instrumento sumamente útil para organizar y renovar la pastoral pre-matrimonial en nuestras parroquias es el nuevo “Directorio de la preparación y celebración del Matrimonio” de la Conferencia Episcopal Peruana.

Es importante cuidar esta pastoral como un medio de evangelización y renovación de la vida cristiana de los que se preparan para contraer matrimonio.

Pero la pastoral familiar no termina con la preparación pre-matrimonial, es el inicio. Ayudar a vivir los fines y condiciones esenciales del matrimonio a los que se comprometieron, recordar sus fundamentos, ser iglesia doméstica y luz en la sociedad, es tarea de las parroquias y de la misma Prelatura. Grupos matrimoniales, semanas de familia, escuelas de padres, donde se ayude a vivir el amor conyugal fiel y total, fundamento del matrimonio y expresado en un sana y correcta sexualidad; escuelas de padres, para apoyar a la educación de sus hijos, cursos de educación afectivo-sexual, planificación familiar natural,...

Para ayudar en esta tarea, se ha creado en la Prelatura el Centro de Orientación Familiar.



La atención a los ancianos y enfermos

Cristo envió a sus apóstoles a predicar el Reino de Dios y a curar a los enfermos. Desde el inicio de la evangelización se ha cumplido este mandato. La pastoral de los ancianos y enfermos es la respuesta de la Iglesia a los grandes interrogantes de la vida, como son el paso del tiempo y el desgaste que éste supone para la persona, la pérdida de las capacidades físicas y mentales, el sufrimiento, la soledad, el abandono de los seres queridos, la muerte, a la luz de la vida muerte y resurrección del Señor, única y verdadera vida y salud.

Queridos hermanos sacerdotes, religiosos y laicos, visitemos a los ancianos y enfermos, tratémoslos con cariño, con delicada atención; estemos atentos a sus necesidades espirituales, materiales, sanitarias; manifestemos así la maternidad de la Iglesia que arropa con su ternura, que fortalece el corazón y da ánimo y consuelo. En el caso del moribundo acompañémosle en el tránsito definitivo, ayudándole a bien morir, a morir en Cristo, para que reine y viva definitivamente con Cristo. El enfermo y el anciano reciben con amor la Palabra de Dios, el perdón, el sacramento de la Unción y los gestos de caridad de los hermanos.

El sufrimiento humano es una experiencia especial de la cruz y de la resurrección. Es la oportunidad que Dios nos concede de vivir es amarga experiencia con un sentido de expiación por los propios pecados y los de toda la humanidad, es un a ocasión que el Señor nos ofrece para unirnos a su dolor y a su sufrimiento y muerte en la cruz, y así ser corredentores con El, es posibilidad de asociarnos al dolor del mundo, consecuencia del pecado.

Aliento y animo a todas las parroquias a tener muy presente la pastoral con los ancianos y enfermos para hacerles ver y entender que para el Señor y la Iglesia ellos no son inútiles, sino valiosísimos apóstoles y misioneros que evangelizan desde el sufrimiento de la cruz.



Los discípulos de Jesucristo, testigos y misioneros del Amor de Dios: apostar por la caridad

A partir de la comunión eclesial, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano. Éste es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. Si verdaderamente queremos ser siervos de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse (Cfr. Mt 25,35-36). *“Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia”* (Novo millennio ineunte, 49).

No debe olvidarse, ciertamente, que nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que *«con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre»* (Cfr. Concilio Vaticano II, Const. *Gaudium et spes*, 22). Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y se manifiestan en la historia aquellas obras que Jesús mismo realizó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales.

Son muchas las necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana. Nuestro mundo camina cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana. En nuestro tiempo, en nuestro país y en nuestra Región, hay todavía quien pasa hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quien no tiene techo donde cobijarse.

El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobrezas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido de la vida, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social. El cristiano, que se asoma a este panorama, debe aprender a escuchar la llamada que Cristo le dirige desde este mundo de la pobreza. Se trata de continuar una tradición de caridad que hoy quizás requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva « imaginación de la caridad », que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno.

Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como « en su casa ». Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras. (Cfr. Novo millennio ineunte, 50)

No podemos quedar al margen frente a la negación de los derechos humanos fundamentales de tantas personas, especialmente de los niños y de las mujeres. Debemos prestar especial atención a algunos aspectos de la vida cristiana que son menos comprendidos, hasta el punto de hacer

impopular la intervención de la Iglesia, pero que no pueden por ello desaparecer de la agenda de la caridad. Me refiero al deber de comprometerse en la defensa *del respeto a la vida de cada ser humano* desde la concepción hasta su ocaso natural.



Cáritas

“El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, desde la comunidad local a la Iglesia particular. El amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado” (*Benedicto XVI, Encíclica Deus Caritas est, 20*).

“Llegados a este punto, tomamos de nuestras reflexiones dos datos esenciales:

La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en el servicio de la caridad. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia.

La Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario. Pero, al mismo tiempo, la caritas supera los confines de la Iglesia y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado quienquiera que sea” (*Benedicto XVI, Encíclica Deus Caritas est, 25*).

“¿Cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial?”

La caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. Las organizaciones caritativas de la Iglesia, comenzando por Cáritas han de hacer lo posible para poner a disposición los medios necesarios y, sobre todo, los hombres y mujeres que desempeñan estos cometidos. Por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo el compromiso de que se continúe después las atenciones necesarias. Pero la competencia profesional por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una « formación del corazón »: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (*Ga 5, 6*).

La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita. A un mundo mejor se contribuye solamente haciendo el bien ahora y en primera persona, con pasión y donde sea posible, independientemente de estrategias y programas de partido. El programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un « corazón que ve ». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. Obviamente, cuando la actividad caritativa es asumida por

la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares.

Además, la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. Y, sabe que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor. Las organizaciones caritativas de la Iglesia tienen el cometido de reforzar esta conciencia en sus propios miembros, de modo que a través de su actuación, así como por su hablar, su silencio, su ejemplo, sean testigos creíbles de Cristo” (*Benedicto XVI, Encíclica Deus Caritas est, 31*).



CONCLUSIÓN

¡Caminemos con esperanza contando con la ayuda de Cristo! El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra. Hemos de aguzar la vista para verla y, sobre todo, tener un gran corazón para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos. Cristo ahora nos invita una vez más a ponernos en camino: «*Vayan pues y hagan discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*» (Mt 28,19). El mandato misionero nos invita a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos contar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza «*que no defrauda*» (Rm 5,5).

Nuestra andadura debe hacerse más rápida al recorrer los senderos de la Prelatura. Los caminos, por los que cada uno de nosotros y cada una de nuestras comunidades parroquiales caminan, son muchos, pero no hay distancias entre quienes están unidos por la única comunión, la comunión que cada día se nutre de la mesa del Pan eucarístico y de la Palabra de vida. Cada domingo Cristo resucitado nos convoca de nuevo como en el Cenáculo, donde al atardecer del día «*primero de la semana*» (Jn 20,19) se presentó a los suyos para «*exhalar*» sobre ellos el don vivificante del Espíritu e iniciarlos en la gran aventura de la evangelización.

Nos acompaña en este camino la Santísima Virgen, discípula y misionera, a la que el 30 de Agosto de 2007 los Obispos del Perú hemos consagrado y confiado la vida de todos los hombres y mujeres de nuestra Patria, renovando en la Prelatura esa consagración el 8 de Diciembre del mismo año. Nosotros la invocamos, en la Prelatura de Moyobamba, con plena confianza en su poderosa intercesión con las siguientes advocaciones:

Inmaculado Corazón de María, sé nuestra salvación.

Virgen de la Medalla Milagrosa, a ti recurrimos.

Virgen de la Merced, libéranos de la esclavitud.

Virgen del Carmen, llévanos al cielo.

Virgen de la Natividad, sé luz en nuestro camino.

Virgen de la Presentación, ofrécenos a Jesús.

Virgen de la Compasión, confórtanos en el dolor.

Virgen de los Remedios, sana nuestros males.

Virgen del Perpetuo Socorro, ayúdanos en la tribulación.

¡Queridos hermanos y hermanas! Tenemos que imitar la intrepidez del apóstol Pablo, en este año dedicado a él: «*Lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios me llama desde lo alto, en Cristo Jesús*» (Flp 13,14). Al mismo tiempo, hemos de imitar la contemplación de María Santísima meditando en su corazón el misterio del Hijo (Lc 2,51).

Que Jesús resucitado, el cual nos acompaña en nuestro camino, nos encuentre vigilantes y preparados para reconocer su rostro y correr hacia nuestros hermanos, para llevarles el gran anuncio: «*¡Hemos visto al Señor!*» (Jn 20,25).

Suba hasta el Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, la alabanza y el agradecimiento de nuestros corazones.

Con estos deseos y desde lo más profundo del corazón, imparto a todos mi bendición.

Moyobamba, 2 de Febrero de 2008. Festividad de la Presentación del Señor.



+ Mons. Rafael Escudero López-Brea
Obispo Prelado de Moyobamba.